

ULTIMA HORA EN ABC

LA BANDERA DE ESPAÑA,
IZADA EN MEJICO

El ex embajador de la II República hizo entrega a nuestro representante diplomático del edificio de la antigua Cancillería

MÉJICO. 4. (De nuestro enviado especial.) Esta es la crónica del escalofrío. Esta es la crónica de la emoción, al haber visto izar por dos veces la bandera española en dos momentos distintos. Esta es una crónica histórica. Un hecho impar al que el periodista ha tenido la suerte de asistir. Porque a las once y veinte de la mañana, hora de Méjico, de hoy, día 4, en el viejo palacio semiderruido, donde hasta ahora estuvo instalada la Cancillería y Embajada de la República española en el exilio, con un nudo en la garganta hemos asistido a un hecho que será difícil de olvidar, aquel en el que el viejo mástil de la terraza del caserón Londres, esquina a Roma, ondeó por primera vez en muchos años la bandera roja y gualda con el escudo de España.

El hasta ahora embajador de la República española en el exilio ante Méjico, señor Martínez Feduchi, hizo entrega a la puerta del palacio al notario de los quince folios de apretada escritura, en los que se hacía relación detallada de los viejos muebles, los viejos cuadros y de alguna forma también de todo un viejo pasado a olvidar. Inmediatamente después de aquel acto, ante las cámaras de la televisión y un grupo de fotógrafos y periodistas españoles y mejicanos, el encargado de Negocios hasta ahora, ministro de España en Méjico, señor Amaro, abrazó en un gesto diplomático y humano, entrañable y emotivo, ante la verja de hierro, al señor Martínez Feduchi.

DESPEDIDA. — La Misión diplomática española que visita estos días Méjico para asistir a este acto trascendental, saludó efusivamente con algo que estaba muy por encima del protocolo y de las palabras vacías, a Martínez Feduchi. De esta forma se abría una página en el recuerdo de una nueva España y se cerraba otra en lo que ya es, digamos, la nostalgia de una

vieja España olvidada. Hemos paseado, con un nudo de emoción en la garganta, por los salones llenos de goteras, de desconchones, de alfombras raídas, de lo que hasta ahora fue la Cancillería española de la República, y hemos podido ver cómo ondeaba después la bandera española al viento de la tarde.

Las últimas palabras de Martínez Feduchi, que se marchó calle adelante, él sólo, como en una triste estampa, triste y un poco amarga estampa, fueron las siguientes: «Aquí os dejo esto. Yo me marchó. Aquí lo tenéis.» Inmediatamente allí, al hombre que durante dieciocho años ha guardado la casa de la vieja República, hizo el contrato verbal de que siguiera sirviendo a España.

Desde allí fuimos hasta el lugar que hasta ahora el agregado de Negocios, señor Amaro, en una moderna avenida de Méjico. Durante un largo minuto de silencio, en el que había lágrimas en muchos ojos, la bandera española ondeó en lo que de hecho y de derecho es ya hoy nuestra Embajada en Méjico. Hubo un largo ¡Viva España!, quizá el más hermoso al que haya contestado el periodista y Angel Carchenilla, también enviado especial de ABC, conmigo en esta ocasión, y el grupo de españoles que asistimos al acto dijimos, también con lágrimas en los ojos, un ¡Viva el Rey! y un ¡Viva López Portillo!, que, insisto, no va a ser fácil de olvidar.

EMBAJADOR. — Esta es una crónica dictada menos quizá con el rigor que con la emoción. Ya sonaba el nombre del embajador Díaz Ordaz, que ahora se confirma en Madrid. Un miembro de la Misión di-

plomática española llamó por teléfono al Rey de España, Don Juan Carlos. Desde allí mismo pudo escuchar la voz del Rey que le dijo: «Siento una gran emoción al recibir tus palabras. Estoy fraccamente emocionado. Os doy las gracias por todo lo que habéis hecho por España.»

Al aire de un día caliente de Méjico dos banderas españolas oficiales ondean sobre el paisaje de una ciudad que está llena de afecto y de amor hacia España. —Tico MEDINA.